

EXCESO DE CONFIANZA



La muerte de Robert James, uno de los mejores navegantes británicos del siglo XX, aconteció de forma estúpida cuando regresaba a puerto con su catamarán tras hacer unas pruebas de mar. Le acreditaban dos vueltas al mundo como patrón de la saga de veleros Great Britain: el I y el II. Ganó la Two Ostar de 1981, dos vueltas a Inglaterra, además de participar en varias Rutas del Ron y alguna trasatlántica. Pero tantos conocimientos del mundo de las escotas y drizas al parecer no fueron suficientes para librarle de morir en la mar. Su esposa, la célebre Naomi James, la primera mujer que dio la vuelta al mundo a vela en solitario, no podía creer que alguien tan profesional pudiese morir de forma tan boba.

Robert James navegaba con otros tres tripulantes a bordo de su rápido velero Colt Cars: un trimarán oceánico de 25 metros de eslora construido en fibra de vidrio. Estaban haciendo ajustes para acomodarlo a las condiciones que tendrían en la próxima prueba en la que pensaba participar. Robert estaba sentado en la parte trasera de la botavara aferrando la vela mayor con los amantes de rizo. El barco navegaba a 18 nudos sin apenas sentir el paso de unas livianas olas que llegaban desde el sur. Su rumbo era Plymouth. Era noche cerrada y toda la tripulación permanecía en cubierta bien abrigada. Robert seguía encaramado en la botavara cuando resbaló por el fallo en la tensión de un cabo, pero tuvo la suerte de caer en la red que llevan instalada entre los patines estos catamaranes de altura. Sin embargo, lo que nadie podría pensar que pudiera darse, paso: la red se rompió, y Robert James cayó al agua sin hacer apenas ruido. Menos mal que Michel Debruin no solo iba atento a la caña y lo vio.

Con toda la velocidad que fueron capaces largaron las velas para detener el barco, al tiempo que dejaban caer por la popa un aro salvavidas y una baliza de posicionamiento. Eran las cuatro de la madrugada y no había luna, por lo que la mar era de un oscuro persistente. Uno de los chicos se tiró al agua amarrado a un cabo por la popa para peinar mejor la zona dada la inexistente visibilidad. Todos gritaban su nombre e iluminaban la superficie de la mar con sus linternas, pero no había señales de Robert. Pasaron tres angustiosas horas sin obtener resultado alguno. Por la radio llamaron a los guardacostas, pero estos les anunciaron que no podrían salir hasta el amanecer. Con la primera luz del día, extenuados, lo dieron por perdido. A las siete de la tarde el cuerpo sin vida de Robert James sería recuperado por un helicóptero.

Nadie que conozca este medio puede comprender que un hombre de mar de su experiencia se moviese por un barco que navega a más de quince nudos en la noche sin arnés de seguridad y un chaleco salvavidas. Pocas veces se ha dado la rotura de las redes de seguridad de los catamaranes. Sin embargo, a partir de este accidente, los fabricantes de los mismos reforzaron estos tejidos hasta hacerlos prácticamente irrompibles. A la postre, los accidentes que sufren los grandes de la navegación siempre tienen algo que ver con la idea de

que se domina un medio que, por otra parte, se empeña en demostrarnos su indomabilidad. Es lo que en el mundo seco se llama exceso de confianza, y en la mar, mala suerte.

Los navegantes cometemos tantas imprudencias a lo largo de nuestras travesías, que si realmente fuésemos conscientes de los peligros a los que estamos expuestos seríamos mucho más rigurosos a la hora de movernos por la mar. Ejemplos como la muerte de uno de los más grandes marineros británicos nos hacen ser más precavidos al menos durante unos días. Pero, por lo general, volvemos a ser imprudentes en cuanto se pasan sus efectos. Por eso, en las escuelas de navegación más prestigiosas, como la francesa De Glenat, te hablan de adquirir "buenos hábitos marinos": pautas y conductas que no debes saltarte por mucho que la mar esté como un plato.

Cuando la mujer de Robert, la gran navegante Naomi James, se enteró de cómo había muerto su marido, tuvo una reacción que solo otro hombre de mar puede comprender: le dio más importancia a que no había sufrido, pues, la hipotermia, dijo, "trasmite una forma de morir muy dulce". A pesar de estar embarazada de ocho meses, la especial raza de esta especie oceánica les hace aceptar la muerte en la mar como una parte de su vida en ella. Con el tiempo se convierten en fragatas y petreles, unos seres que morirán de pena si tuviesen que pasar la mayor parte de su tiempo atados al mundo seco.